

Más allá del principio del placer

Fenómenos desde los cuales Freud parte para plantear la compulsión de repetición

Freud comienza a encontrarse con las neurosis traumáticas luego de la guerra. Destaca dos rasgos que podrían tomarse como punto de partida de la reflexión: que la causación parece situarse en el factor de la sorpresa, en el terror, y que un simultáneo daño físico o herida contrarresta en la mayoría de los casos la producción de la neurosis. Distingue terror, miedo, angustia en su relación con el peligro. La angustia designa cierto estado como de expectativa frente al peligro y preparación para él, el estado en el que se cae cuando se corre un peligro sin estar preparado: destaca el factor de la sorpresa.

Para pensar la compulsión de repetición, Freud hace uso de distintos fenómenos con los que se ha encontrado en la clínica y en la vida cotidiana: el sueño, el juego infantil, la repetición de ciertas vivencias en la transferencia, etc.

Respecto de la vida onírica de la neurosis traumática, el autor plantea que ésta reconduce al enfermo, una y otra vez, a la situación de su accidente, de la cual despierta con renovado terror. Sostiene que el enfermo está fijado psíquicamente al trauma y afirma que estas presentaciones contradicen su teoría del sueño, según la cual éste es un cumplimiento de deseo.

Para pensar el juego infantil, de acuerdo a estos desarrollos, hace uso de la observación del primer juego, autocreado, de un varoncito de un año y medio, el cual consiste en arrojar lejos de sí todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance. Al hacerlo profería, con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado «o-o-o-o», que, según el juicio coincidente de la madre y de Freud significaba «fort» (se fue). Se trataba de un juego donde el niño hacía un uso específico de sus juguetes: jugar a que «se iban». Un día tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió arrastrarlo tras sí por el piso para jugar al carrito, sino que arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo «o-o-o-o», y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso «Da» {acá está}. Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. Las más de las veces sólo se había podido ver el primer acto, repetido por sí solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo. Freud interpreta el juego afirmando que éste da cuenta del gran logro cultural del niño: su renuncia a la satisfacción pulsional de admitir sin protestas la partida de la madre. Se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar. Ahora bien, Freud dirige su interés al siguiente punto: es

imposible que la partida de la madre le resultara agradable, o aun indiferente. Por lo cual se pregunta cómo se concilia con el principio de placer que repitiese en calidad de juego esta vivencia penosa para él.

Asimismo, plantea que lo nuevo y asombroso de la compulsión de repetición es que ésta repite también vivencias pasadas que no son placenteras, no solo en la actualidad, sino que nunca lo fueron. Se trata de la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción; pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron únicamente displacer. Esa experiencia se repite a pesar de todo; una compulsión esfuerza a ello. Esto mismo que se encuentra en los fenómenos de transferencia de los neuróticos puede reencontrarse también en la vida de personas no neuróticas. Por ejemplo, se conocen individuos en quienes toda relación humana lleva a idéntico desenlace: benefactores cuyos protegidos se muestran ingratos pasado cierto tiempo, y entonces parecen destinados a la amargura de la ingratitud; hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo, relaciones de pareja que recorren siempre las mismas fases y desembocan en idéntico final, etc. Este «eterno retorno de lo igual», dice Freud, sorprende mucho más en los casos en que la persona parece vivenciar pasivamente algo sustraído a su poder, vivenciar -una y otra vez- la repetición del mismo destino. Pone el ejemplo de una mujer que se casó tres veces, las tres el marido enfermó y ella debió cuidarlo en su lecho de muerte.

Explicación de la lógica de los hechos previamente mencionados

A partir de todos estos hechos Freud va a suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer. Considera a esa compulsión como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona. Para explicar la lógica a la que este fenómeno responde el autor recurre a la especulación. Parte de suponer que el sistema conciente experimenta el choque directo con el mundo exterior. Considera al organismo vivo en su máxima simplificación posible, como una vesícula indiferenciada de sustancia estimulable; su superficie vuelta hacia el mundo exterior está diferenciada por su ubicación misma y sirve como órgano receptor de estímulos. Plantea que así sería fácilmente concebible que, por el incesante embate de los estímulos externos sobre la superficie de la vesícula, se forme una corteza que ofrece las condiciones más favorables a la recepción de éstos que permita filtrar la cantidad de energía que ingresa. Esta partícula de sustancia viva flota en medio de un mundo exterior cargado con las energías más potentes y sería aniquilada por la acción de los estímulos que parten de él si no estuviera provista de una protección antiestímulo. La obtiene del siguiente modo: su superficie más externa deja de tener la estructura propia de la materia viva, se vuelve

inorgánica, por así decir, y en lo sucesivo opera apartando los estímulos, como una membrana; vale decir, hace que ahora las energías del mundo exterior puedan propagarse sólo con una fracción de su intensidad a los estratos contiguos, que permanecieron vivos. Y estos, escudados tras la protección antiestímulo, pueden dedicarse a recibir los volúmenes de estímulo filtrados. En esta línea, Freud sostiene que, para el organismo vivo, la tarea de protegerse contra los estímulos es casi más importante que la de recibirlos; está dotado de una reserva energética propia, y en su interior se despliegan formas particulares de transformación de la energía: su principal afán tiene que ser, pues, preservarlas del influjo nivelador, y por tanto destructivo, de las energías hipergrandes que están en el mundo exterior.

Hemos puntualizado aquí que la vesícula viva está dotada de una protección antiestímulo frente al mundo exterior. Y habíamos establecido que el estrato cortical contiguo a ella tiene que estar diferenciado como órgano para la recepción de estímulos externos. Ahora bien, este estrato cortical sensitivo, que más tarde será el sistema conciente, recibe también excitaciones desde adentro; la posición del sistema entre el exterior y el interior, así como la diversidad de las condiciones bajo las cuales puede ser influido desde un lado y desde el otro, se vuelven decisivas para su operación y la del aparato anímico como un todo. Hacia afuera hay una protección antiestímulo, y las magnitudes de excitación accionarán sólo en escala reducida; hacia adentro, aquella es imposible, y las excitaciones de los estratos más profundos se propagan hasta el sistema de manera directa y en medida no reducida, al par que ciertos caracteres de su curso producen la serie de las sensaciones de placer y displacer. Se tenderá a tratarlas como si no obrasen desde adentro, sino desde afuera, a fin de poder aplicarles el medio defensivo de la protección antiestímulo. Este es, para Freud, el origen de la proyección, que tiene un importante papel en la causación de procesos patológicos.

A partir de estas especulaciones Freud llama traumáticas a las excitaciones que poseen fuerza suficiente para perforar la protección antiestímulo. Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio de placer quedará abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo; entonces, la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación.

La falta de una protección antiestímulo que resguarde al estrato cortical receptor de estímulos de las excitaciones de adentro debe tener esta consecuencia: tales transferencias de estímulo adquieren la mayor importancia económica y a menudo dan

ocasión a perturbaciones económicas equiparables a las neurosis traumáticas. Las fuentes de esa excitación interna son las llamadas «pulsiones»: los representantes de todas las fuerzas eficaces que provienen del interior del cuerpo y se transfieren al aparato anímico. Freud supone que las pulsiones no obedecen al tipo del proceso nervioso ligado, sino al del proceso libremente móvil que esfuerza en pos de la descarga. El autor afirma que lo mejor que sabemos acerca de este último proviene del estudio del trabajo del sueño, el cual nos permitió descubrir que los procesos que se despliegan en los sistemas inconcientes son radicalmente diversos de los que ocurren en los sistemas (pre)concientes. Llama «proceso psíquico primario» a la modalidad de estos procesos que ocurren en el inconciente, a diferencia del proceso secundario, que rige la vida normal de vigilia. Considerando que todas las mociones pulsionales afectan a los sistemas inconcientes, plantea que éstas obedecen al proceso psíquico primario, al cual identifica con la investidura libremente móvil, y al proceso secundario con las alteraciones de la investidura ligada.

Partiendo de esto, entonces, la tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería ligar la excitación de las pulsiones que entra en operación en el proceso primario. El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio de placer (y de su modificación en el principio de realidad). Pero, hasta ese momento, el aparato anímico tendría la tarea previa de dominar o ligar la excitación, desde luego que no en oposición al principio de placer, pero independientemente de él y en parte sin tomarlo en cuenta.

Las exteriorizaciones de una compulsión de repetición que Freud describe en las tempranas actividades de la vida anímica infantil, así como en las vivencias de la cura psicoanalítica, muestran en alto grado un carácter pulsional y, donde se encuentran en oposición al principio de placer. En el caso del juego infantil el autor advierte que el niño repite la vivencia displacentera, además, porque mediante su actividad consigue un dominio sobre la impresión intensa mucho más radical que el que era posible en el vivenciar meramente pasivo. Cada nueva repetición parece perfeccionar ese dominio procurado.

En el analizado, en cambio, resulta claro que su compulsión a repetir en la transferencia los episodios del período infantil de su vida se sitúa, en todos los sentidos, más allá del principio de placer. El enfermo se comporta en esto de una manera completamente infantil, y así nos enseña que las huellas mnémicas reprimidas de sus vivencias del tiempo primordial no subsisten en su interior en el estado ligado, y aun, en cierta medida, son insusceptibles del proceso secundario.

Freud se pregunta de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión de repetición. Responde considerando el carácter conservador de todas las pulsiones. Es decir, una pulsión sería un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas. Esta manera de concebir la pulsión puede sonar extraña, en tanto suele considerarse a la pulsión como el factor que esfuerza en el sentido del cambio y del desarrollo, mientras que ahora Freud reconoce en ella justamente lo contrario: la expresión de la naturaleza conservadora del ser vivo. Es decir, todas las pulsiones son conservadoras, dirigidas a la regresión, al restablecimiento de lo anterior.

Las pulsiones conservadoras han recogido cada una de estas variaciones impuestas a su curso vital, preservándolas en la repetición; por ello esas fuerzas no pueden sino despertar la engañosa impresión de que aspiran al cambio y al progreso, cuando en verdad se empeñaban meramente por alcanzar una vieja meta a través de viejos y nuevos caminos. Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: La meta de toda vida es la muerte y, retrospectivamente, lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo. En algún momento, por una intervención de fuerzas se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida. La tensión así generada en el material hasta entonces inanimado pugnó después por nivelarse; así nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado (pulsión demuerte).

En esa época, a la sustancia viva le resultaba todavía fácil morir; probablemente tenía que recorrer sólo un breve camino vital, cuya orientación estaba marcada por la estructura química de la joven vida. Durante largo tiempo, quizá, la sustancia viva fue recreada siempre de nuevo y murió con facilidad cada vez, hasta que decisivos influjos externos se alteraron de tal modo que forzaron a la sustancia aún sobreviviente a desviarse más y más respecto de su camino vital originario, y a dar unos rodeos más y más complicados, antes de alcanzar la meta de la muerte. El estatuto de las pulsiones de autoconservación que suponemos en todo ser vivo presenta notable oposición con el presupuesto de que la vida pulsional en su conjunto sirve a la provocación de la muerte. Bajo esta luz, la importancia teórica de las pulsiones de autoconservación cae por tierra; son pulsiones parciales destinadas a asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo y a alejar otras posibilidades de regreso a lo inorgánico que no sean las inmanentes.

Las pulsiones que vigilan los destinos de estos organismos elementales que sobreviven al individuo, cuidan por su segura colocación mientras se encuentran inermes frente a los estímulos del mundo exterior, y provocan su encuentro con las otras células germinales, etc., constituyen el grupo de las pulsiones sexuales. Son conservadoras en

el mismo sentido que las otras, en cuanto espejan estados anteriores de la sustancia viva; pero lo son en medida mayor, pues resultan particularmente resistentes a injerencias externas, y lo son además en otro sentido, pues conservan la vida por lapsos más largos. Son las genuinas pulsiones de vida; dado que contrarían el propósito de las otras pulsiones (propósito que por medio de la función lleva a la muerte), se insinúa una oposición entre aquellas y estas, oposición cuya importancia fue tempranamente discernida por la doctrina de las neurosis. Hay como un ritmo titubeante en la vida de los organismos; uno de los grupos pulsionales se lanza, impetuoso, hacia adelante, para alcanzar lo más rápido posible la meta final de la vida; el otro, llegado a cierto lugar de este camino, se lanza hacia atrás para volver a retomarlo desde cierto punto y así prolongar la duración del trayecto.

Es a partir de todas estas elucubraciones -que permiten explicar los fenómenos antes descriptos- que Freud plantea un nuevo dualismo pulsional e introduce la noción de pulsión de muerte.